

# EL NEGRO TIMOTEO

PERIÓDICO POLÍTICO, SATÍRICO Y BURLESCO

SUSCRICION MENSUAL	ADMINISTRACION: SAN JOSE 171 (ALTOS)	NÚMERO SUELTO
60 CENTESIMOS	SALE TODOS LOS DOMINGOS	20 CENTÉSIMOS
	No se admiten suscripciones de medio mes	

La Administracion estará abierta todos los días desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde.

SUMARIO DEL NÚMERO 41:—Precauciones de Julepe.—Mo-  
nólogo del ministro de Hacienda.—Nirvana ú Olla pe-  
drada.—El cueco.—Cosas de negro.—Solucion.

## Precauciones de Julepe

(Éste lee un diario que refiere los casos de fiebre amarilla habidos á bordo de la cañonera *Garibaldi*.)

[La fiebre amarilla en el puerto!... (*Llama*).  
Paraguayo... ¡La fiebre amarilla! Ya estoy inquieto y nervioso... (*Vuelce à gritar*). ¡Paraguayo!... Y en qué momentos amaga la epidemia, cuando iba acreditando mi energía, aque-  
lla energía que *emocionó* al más *inemocionable*  
de los hombres que he conocido, que es don Juan Narizotas Sangre de Pato.

Paraguayo—(*cuadrándose*.) Ordene, señor.

Julepe—¿Sabes dónde vive Guerrero?

Paraguayo—¿Qué Guerrero, señor?

Julepe—El que cura la fiebre amarilla.

Paraguayo—No, señor.

Julepe—Pues infórmate por ahí, pero pronto; me falta, paraguayo. (Qué calma la de este zoncote!) ¿No te mueves?

Paraguayo—(*Gira sobre sus talones*.) Si, señor.

Julepe—Oye, en tus manos está la suerte de la patria.

Paraguayo—(*retirándose*.) Si, señor.

Julepe—La suerte de la patria, sí, que si yo me enfermasé... El solo pensar que pueda enfermarme, me quita las pocas fuerzas que me han de-  
jado... los sustos de la fiebre y otros sustos...  
En qué momentos amenaza la epidemia!... ¡Ave María Purísima! como exclamaba el secretario del otro... (*Signe la lectura del diario*.)

Es una vergüenza que un médico de la Facultad de París, recurra al específico del peruano; pero qué hacer?

La fiebre amarilla es incurable segun la ciencia, y al que ataca.... Soy capaz de rezar un Pa-

dre Nuestro, dos Ave María y tres Gloria Patri, y de mandar decir un novenario, y... Hasta se me trabucan las ideas: no recuerdo de qué hablaba... Ah! del específico Guerrero. Quizás no carezca de virtud el específico. ¿No se cuenta que muchos han curado con él? Sea ó no verdad, el caso es que con otra medicina nadie escapa, á no ser que lo quiera Dios. (*Aparece el paraguayo y Julepe lo pregunta con ansiedad*). ¿Te informaste de la casa de Guerrero?

Paraguayo—(*con pachorra*.) Sí, señor.

Julepe—Bien, toma este peso y comprale un frasco del febrifugo.

Paraguayo—Del qué, señor?

Julepe—Del febrifugo. Te lo apuntaré para que no cometas alguna barbaridad, que en cuestiones en que pelagra el pellejo, no conviene equivocarse. (*Escribe*) «Un frasco del febrifugo. Va un peso plata» (*Da el papel al paraguayo*.) Trata de obtener el remedio por cinco reales ó por cuatro; regatea todo lo posible.

Paraguayo—Sí, señor.

Julepe—Corre, corre, y no olvides que en tus manos está la suerte de la patria.

Paraguayo—Sí, señor. (*Se vá*.)

Julepe—(*Paseándose agitadísimo*.) ¡La fiebre amarilla en el puerto!... Verdad es que la Capitanía ha adoptado las precauciones que aconsejan los mejores tratadistas... Aislar á los enfermos... impedir la comunicacion del buque infestado con la ciudad. Con todo, el más pequeño descuido... ¡Qué cosa horrible es el miedo!...

Si me parece que estoy con los síntomas de la enfermedad... Yo daría todo lo que me pidieran, á no ser dinero, con tal de ausentarme de la nueva Troya. ¡Miren qué troyanos tan valiente! Cierito es que cuando aquí *quemaban las papas*, yo me divertía en París á costa..... Pues.... aquel embarque de onzas tan público y notorio.

Pero no puedo irme de aquí—«Ya que está en el potro, aguante los azotes,» me dijo ayer el maldito, adivinando que tenía deseos de marcharme para la estancia.—«Cuidado con apretarse el gorro,» me repitió al despedirse de mí,

que si se larga para Minas, le mando buscar con un piquete y le traigo atado codo con codo á Montevideo»... Asi es que me sostiene el deber. ¿El deber? El temor de la atadura.... No hay más, sacaré fuerzas de flaqueza y aguantaré los azotes, ya que quise subir al burro.... ¡Cómo tarda el paraguayo! ¿Y si éste le dice á Guerrero quién es el que manda comprar el febrifugo? ¡Qué imprevisión la mía...! Tal vez el paraguayo no mencionará mi nombre, que es ladino aunque muy pachorriento.... Ya está de vuelta. ¿Le hiciste saber quién te mandaba?

*Paraguayo*—No, señor.

*Julepe*—Vaya, me alegro. ¿Y no traes el frasco?

*Paraguayo*—No, señor.

*Julepe*—¿Por qué, paraguayito?

*Paraguayo*—Porque, señor....

*Julepe*—Habla de una vez, que nunca sales del señor.... Señor aquí, señor allá.... ¿Y el febrifugo?

*Paraguayo*—Es un hombre viejo, señor.

*Julepe*—Me impacientas con tu calma. ¿Con qué el febrifugo es un hombre viejo? (*Sonriéndose con una mueca*).

*Paraguayo*—Sí, señor.

*Julepe*—¿Qué hotentote! Febrifugo significa medicamento que sirve para quitar la fiebre. Tu mollera es tan cerrada como la de Clarín, que cree que los febrifugos son los atacados de fiebre amarilla. Te he preguntado por la medicina y no por el vendedor de ella. ¿Dónde está la medicina?

*Paraguayo*—En casa del señor....

*Julepe*—De cuál señor?

*Paraguayo*—Del señor que la vende.

*Julepe*—Pues no la compraste?

*Paraguayo*—Sí, señor.

*Julepe*—Y cómo la dejaste allí?

*Paraguayo*—Porque no me la quiso entregar el señor.

*Julepe*—Me matas con esa pachorra, paraguayo. ¿No te la quiso entregar?

*Paraguayo*—No, señor.

*Julepe*—Esto sí que es bonito... ¿Y el peso? Porque no has de haber dejado el peso.

*Paraguayo*—No, señor; aquí está, señor. (*Se lo dá á Julepe*).

*Julepe*—El peso acá, el remedio allí... ¿Cómo se entiende? Explicate, paraguayo, y responde más ligero y sin tanto señor, que ya me fastidias. (El negro concluyó por aburrirme á causa de su locuacidad y otras yerbas, y éste acabará por cansarme con su laconismo.) Explicate, sarraceno.

*Paraguayo*—No me llamo sarraceno, señor.

*Julepe*—Pero eres un posma y un... Vámonos á ver, por qué no has traído el frasco?

*Paraguayo*—Porque el señor aquel me pidió diez duros.

*Julepe*—(*Haciendo muecas de admiración*) ¡Diez duros!.. Duro de corazón es él, y más duro que el bronce. ¡Diez duros!

*Paraguayo*—Nada menos, señor.

*Julepe*—¡Diez duros!.. Es cosa de reflexionarse un rato. Retírate.

*Paraguayo*—Con permiso, señor. (*Sale*).

*Julepe*—¡Diez duros! ¡Cien reales! ¡Mil centavos! Caramba, que Guerrero se deja pedir el ojo de la cara por su febrifugo. Si fuera eficaz no serían nada diez duros; pero si no es eficaz... ¡Diez duros! Tirar á la calle tanto dinero... La fiebre amarilla!.. ¿Qué demonios?... En fin, será un esfuerzo... (*Abriendo una cartera*). Ahí va un billete de diez... ¡Diez duros! (*Suspirando*). Economizaré por otro lado para cubrir el déficit de mi presupuesto mensual. (*Gracias*). Paraguayo... ¡Diez duros! (*El paraguayo presenta*). ¿Y qué te pareció el hombre? ¿Te pareció cara de curar la fiebre amarilla?

*Paraguayo*—Tiene cara de hombre, señor.

*Julepe*—(*Irritado*). Tú eres indigno de mi confianza por tu torpeza de imaginación... No servirías para ministro de Hacienda, que es cuanto te mereces por lo que decís. Te pregunto si Guerrero tiene cara de curar la fiebre, y contestas con una patada de gallo.

*Paraguayo*—Tiene cara semejante á la de V. E., señor.

*Julepe*—A la mia, paraguayo?

*Paraguayo*—Sí, señor.

*Julepe*—Y en qué es semejante á la mia?

*Paraguayo*—En que las dos son de vino de señor.

*Julepe*—(*Este paraguayo suele caerme del modo...*) Toma los diez pesos y compra el frasco, pero no digas para quién es, por más que lo exija el vendedor.... Y á ver si lo sacas por la mitad.

*Paraguayo*—Diez duros, señor.

*Julepe*—¡Diez duros! (*Vuelce á suspirar*).

*Paraguayo*—Ni más ni menos, no afloja.

*Julepe*—Si se lo sacas por ocho, te regalare el peso. Anda, que si tú te empeñas....

*Paraguayo*—No afloja, señor.

*Julepe*—No importa; haz otro esfuerzo, que te cuesta, paraguayo? Asegúrale que es para un padre de familia cargado de hijos.

*Paraguayo*—Yo no tengo hijos, señor.

*Julepe*—Insiste en que eres un pobre, y muchas hermanas y hermanos que mantienes.

*Paraguayo*—Yo no tengo hermanas ni hermanos.

*Julepe*—Lo sé.... Bueno, vete, y si no consigues una rebaja, paciencia!

*Paraguayo*—(Yo no pido rebajas.) Con permiso, señor.

*Julepe*—(Tirándose de la patilla)

Vinieron los sarracenos

Y nos molieron á palos....

Que la fiebre amarilla es peor que los sarracenos, y que las revoluciones, y que todo. ¿Pero no es una vergüenza que un médico de reputación recurra al charlatanismo para infundirse una esperanza contra la fiebre? Y si Guerrero no fue un charlatan? Esto he pensado muchas veces. Quién hubiese supuesto, siglos há, que se encontraría un preservativo contra la viruela? Y ahí se vé en la vacuna. Quizá el febrifugo de Guerrero no sea malo. Y si lo es.... Energía! energía! energía!

¡Maldita fiebre! Amagar en estas circunstancias, cuando me está vedado poner los piés en el divisor.... ¿Qué? Si el negocio apura, monto la noche ménos pensada en el mejor de mis días y me amanezco en la estancia.... ó en el Brasil. Primero es el bulto. Y es tanto mi terror de la fiebre, que si no salgo de la nueva Troya, seré una de sus primeras víctimas. El corazón me lo anuncia.... Ay! si el febrifugo fuera eficaz! Si tuviese la certidumbre de su eficacia, entonces sí que pasaría por héroe....

¡La fiebre amarilla!.... Prefiero la invasión de Latorre, otra revolucion de mi general Aparicio, la dictadura de mi coronel.... todo, todo, antes que la epidemia. Porque de las consecuencias de la dictadura de mi coronel, y de la revolucion de mi general, y de la invasión de don Lorenzo, yo podría salvarme si me asilara en una Legacion extranjera; pero de la fiebre no hay salvacion posible, que la fiebre no respeta Legaciones, ni cuarteles, ni murallas....

Estoy dando diente con diente.... Para mi no hay enemigo peor.... Creo que si la fiebre se desarrollara en Montevideo, no me dejaría ni tiempo para apretarme el gorro, que el susto me mataría.... ¡La fiebre, la fiebre...! (Se desmaya.)

### Monólogo del ministro de Hacienda

*Don Juan Peñalca mira con cara de tristeza un monton de papeles hacinados sobre el escritorio. La actitud de don Juan inspira lástima. Este monólogo tiene lugar en el ministerio de Hacienda, é inútil nos parece añadir que es completamente fantástico.)*

Ay! qué situacion la mia,  
Qué situacion tan ingrata;

Todo el mundo pide plata,  
Y está la caja vacía.

¿Qué he de hacer?

¿Renunciar?

Eso nunca lo han de ver  
Los que en *pitanza* y poder  
Me quisieran reemplazar.

Plata exigen los serenos,  
Plata las tropas exigen,  
Y todos se me dirigen  
Por lo mismo. ¡Estamos buenos!

Ay! de mí,

Pobre Juan!

Si fueras un Potosí!...  
Mas pedirte plata á ti,  
Es pedirselo al sultan.

Dinero piden las viudas,  
Y los pasivos dinero,  
Y me traen al retortero  
Con demandas peliagudas.

No le hay,

No, señor,

Que está pobre el Uruguay,  
Más pobre que el Paraguay,  
Cuya miseria da horror.

Se debe á las policías  
Unos cuatro ó cinco meses....  
Tiene el país más *ingleses*  
Que el siglo presente días!

¿Y pagar?

No hay conqué.

Pues la hacienda encarrilar...  
Ay!, ese es otro cantar,  
Que estoy en el abecé.

Soy un ministro de Hacienda  
Sin talento, ni esperanzas  
De mejorar las *finanzas*...

¿Pero largar la prebenda?

Por mi fé,

Que eso no.

¿Pues en dónde ganaré  
Los seiscientos que aquí yo  
De arriba ganarme sé?

La prensa de oposicion  
Dice sin ningun misterio,  
Que estoy en el ministerio  
Al santísimo boton.

Y en verdad

Que es así;

Estoy por necesidad,

Por esa mensualidad,  
Que no es cosa baladí.

Los mismos diarios agregan  
Que jamás he demostrado  
Mis dotes de hombre de Estado,  
Y sin compasión me pegan.

Y según  
Se cree

Con razón en el común,  
Soy un pedazo de aium,  
Y un ministro—*sobaipé*...

Aquí tengo un imponente  
Montón de liquidaciones,  
Y de deudas por millones...  
¡Soy un ministro insolvente!

Y esta es,  
¡Vive Dios!

Mi situación mes á mes:  
En cada esquina un *inglés*,  
Y en cada aposento dos!

Papeles y más papeles...  
Es para morir rabiando;  
Y aumentando y aumentando  
La lista de coroneles.

¡Voto á tall!  
Infeliz

De un ministro en caso igual,  
Sin tener otro caudal  
Que una tremenda nariz.

Si un inglés extravagante  
Me diera un millón siquiera  
Por la nariz, la vendiera  
Sin vacilar al instante.

Pero aquí  
No hallaré,

Quien la mitad de un cequi,  
Ni un solo maravedí  
Por las narices me dé...

Ay! qué situación la mía,  
Qué situación tan ingrata!  
Todo el mundo pide plata,  
Y está la caja vacía.

¿Qué de hacer?  
¿Renunciar?

Me lo exige mi deber,  
Pero no, no puede ser...  
¡Es tan gustoso *chupar*!

### Nirvana ú Olla podrida

(Carta de Timoteo Simpelos á su padre, con motivo de la publicación de un libro de don Angel Floro Costa.)

Montevideo, Octubre 9 de 1881.

Mi querido padre:

¿Se acuerda usted de don Angel Floro Costa, alias Paturot, alias Vejiga? Se acuerda usted de ese infeliz autor de proyectos bancarios y opúsculos divertidos? Se acuerda, por fin, el hombre que desde Buenos Aires trató malamente á don Lorenzo, y que aquí le subió sobre el cuerno de la luna?

Pues el autor de *Panfletos y Puñales*, de *La Caída de la Gironda* y *el triunfo de la Montaña* y de otros trabajillos más ó ménos desastrosos para la literatura nacional, ha dado á luz una nueva obra, que no es obra de romanos sino de locos, á la cual ha titulado *Nirvana*, pudiendo titular con más razón *Olla podrida*.

Ni yo sé bien lo que es *nirvana*, ni tampoco demuestra saberlo don Angel Floro Costa, escritor tan popular en las edades antediluvianas como es desconocido en la presente; pero aun que yo lo supiera, no se lo diría á usted, porque con saberlo y todo seguiría tan en ayunas como antes. Bastará que le agregue que el título es cosa de la India, ó como quien dice cosa de otro mundo, y que tanto le conviene á la obra como le sentaría la lanza de Aparicio al Presidente constitucional, y un traje de diplomático al ministro de la Guerra.

Que *Nirvana* no significa nada para el caso, se prueba con añadir que trata de la República Oriental y no de la India, por más que la República se parezca á la India en eso de tener perrias, que son todos los que no están conformes con el actual gobierno, es á saber, las cuarenta y cinco quintas partes del país, y me quedo corto. No obstante, la multitud de disparates y locuras que contiene la obra, significan que el sentido moral de don Floro reposa en los talones y que su juicio corre parejas con el de don Luis Velazco.

Una de las partes más curiosas del libro, que es un conjunto de monstruosas curiosidades es la relativa á una revolución contra Latam, que hubo de haber dirigido el célebre *incocon* don Pedro Varela, uno de los personajes más sanos (de salud) que cuenta el Uruguay, y en el que le estaba reservado un gran papel (de estroza) al caballero don Angel Floro, alias Paturot alias Vejiga.

El jefe de esa revuelta que murió sin hacer

hubo de haber sido un militar de caletre tan duro y de instrucción tan escasa y de alcances tan pocos, que solo podría compararlo con nuestro amigo el ex-trompa don Caraciolo Pais. Por los indicios, ya comprenderá que me refiero al coronel Caraballo, que hay quien llame cara de caballo, sin duda confundiendo la cara con la cabeza.

¡Figúrese como sería esa revolución en vista de la trinidad que pretendió iniciarla: Paturot, Varela y Caraballo! ¡Qué tres, padre mío! Es para repetir lo del cuento: tres eran, tres, las hijas de Elena tres, eran, tres, y ninguna era buena. Ya se imaginará usted que el encargado de redactar la proclama revolucionaria... En nombrando al ruin de Roma, luego asoma.

¡Y qué proclama la que se proyectó! Porque la proclama no pasó de proyecto, y los *charrúas* uruguayos se quedaron esperándola como los judíos al Mesías. ¡Pobres judíos orientales! Y qué prosélitos tan patriotas los que siguiesen las banderas del *incoacto*, quien contaba, más que con los de la ciudad con los del campo. Qué cruzada más libertadora de vacas y de caballos y de bolsillos!

Calcule el efecto prodigioso que produciría entre los gauchos varelistas, una proclama en que se traía por los cabellos el nombre de Alarico y las proezas de Atila, y á César y á Atlánte, y á Polifemo herido por la cólera de los dioses. ¡Qué tamaño boca abrirían los gauchos al leer tanto nombre extravagante! ¿Quiénes son esas *naciones*, preguntarian, imitando al caudillo que vd. sabe, quien llamó á un periodista para reprehenderle por las ideas que propagaba en su diario, cuyo periodista, para excusarse, contestó que no eran de él sino de Voltaire.—Pues á vd. y á Voltaire los he de colgar, replicó el caudillo con frescura.

Y si este caudillo ignoraba que Voltaire perteneció al siglo pasado, entenderían las masas brutas que iba á proclamar don Floro, lo que les quería expresar con esa colección de nombres raros, de *Césares y de Polifemos heridos por la cólera de los dioses, de monstruos de la edad de piedra empotrados en el seno de la civilización del Siglo XIX*, y de otra porción de pedanterías y quijotadas por el estilo? Si Paturot posee talento y cordura, tengo para mí que revela todo lo contrario en sus obras.

Convenga vd. en que los gauchos no entenderían ni jota de la proclama y ménos este párrafo, que para su solaz copio al pié de la letra—«Lo hemos visto (á don Lorenzo Latorre) degradar la majestad del mando en el seno de orgías escandalosas en hoteles y quintas cercanas á

Montevideo, donde se representaban á lo vivo los misterios de Lesbos y se consagraban largas libaciones á Astarté y á Falus, Baco y Vénus Afrodita.» Para muestra del cacumen político de don Floro, sobra con ese boton de la proclama.

Estoy seguro que ni don Pedro Varela sabrá, á no ser de oídas, quiénes fueron ó qué representaron Vénus, Baco, Falus y Astarté. Y si don Pedro no lo sabe, lo sabrían los infelices paisanos? Si con pamplinas de ese jaez pensaba entusiasmarlos don Floro, ya las iba á tener buenas. Y desgraciado de él si se hubiera presentado en el ejército, que á pulpazos lo hubiesen corrido las huestes caraballunas—*incoactas*—paturotísticas.

Este don Floro es tan cuerdo como don Quijote y ha de ser tan valiente como el capitán Araña, que embarcaba las tropas y se quedaba en tierra, ó como aquel otro que decía heroicamente:—*aprontémonos... y vayan*. Y pregúntele porque se metió á revolucionario, que si él no le contesta, yo le responderé, con el libro á la vista, que no lo hizo por amor á la libertad, ni al país, ni á las instituciones; nada de eso. Lo hizo porque—*huyendo como tantos otros de las alevés y siniestras amenazas del tirano, (á quien aduló mientras le convino) soportando los inmensos perjuicios y trastornos que debían afectar á un hombre acomodado, cargado de familia y por consiguiente de obligaciones y necesidades sociales... comprendió que no podía ser indiferente á sus propios agravios... y vino con la firme resolución de hacer lo que tal vez jamás habría pensado: esto es, de poner al servicio de la libertad de su patria (!) su pluma (de ganso), su poca ó mucha inteligencia (qué modestia!) y su dinero.*» (Valga su afirmación).

De donde pudieran deducir los maliciosos, como consigna *El Plata*, que á no ser los *trastornos y perjuicios* de Paturot, éste hubiera puesto tal vez su pluma, su inteligencia y su dinero, ó *el dinero ajeno*, al servicio de los tiranos de su patria. Y por cierto que no falta quien murmure que don Floro se ofreció á don Lorenzo, y que don Lorenzo despreció á don Floro. ¡Hablillas de los mal entretenidos!

Yo no creo en ellas, aunque don Angel, si se empeñara en repetir que los motivos determinantes de la conducta de los hombres residen principalmente en el estómago, me haría creer en eso y mucho más.

Para que vd. no dude de las anchas tragaderas de don Floro, le manifestaré que Paturot estaba persuadido de que la revolución era soplar y hacer botellas. Así es que considerándola triunfante en toda la línea, quería recompensar

á los héroes de la cruzada, con los siguientes premios, « á más de las compensaciones pecuniarias que oportunamente les serian designadas por el gobierno constitucional».

A los jefes de division se les regalaría legua y media de campo; á los comandantes una legua; á los mayores una suerte de estancia; á los señores capitanes mil seiscientas hectáreas; á los tenientes primeros media suerte de estancia; á los tenientes segundos, alferéces y sargentos primeros, una cuarta suerte; á los sargentos segundos y cabos, dos chacras y un solar; á los soldados una chacra y un solar. Y no necesitaría más que trescientas leguas de tierra para realizar tan grandes ideas, dignas de un águila, que es el tipo de las aves de rapiña.

El jefe de la revolucion, Caraballo, tambien sería espléndidamente remunerado por el desgobernado de Varela, el que fijaría la compensacion á que se hubiera hecho acreedor don Manuel.

Y qué botín se guardaba don Floro?... La presidencia del consejo de ministros, de que me ocuparé en otra epistola, y tal vez la fundacion de un banquillo nacional como el de marras. ¡Qué concepciones las de Paturot!.. Vd. dirá que más merecida y justa recompensa sería un manicomio ó una penitenciaría. ¡Quia! Si todos los pajarracos y locos estuvieran en las casas de idem ó en las penitenciarías, estas y las otras llegarían á tener más habitantes que el resto de la tierra.

¿Qué opina de los premios para el ejército libertador? Qué de la proclama? Qué del director del movimiento revolucionario? Qué de los móviles que indujeron á Paturot á meterse en camisa de once varas? Qué del seso y de la moralidad de don Floro? ¿Ha visto vd. más desatinos, picardihuelas, locuras y bestialidades en ménos renglones? Pues el Nirvana está plagado, repleto, saturado y empapado de preciosidades por ese tenor, y me proporcionará tema para algunas cartas.

Escribe un diario que la lectura de tal libro causa asco y risa á la vez, y que su autor es tan inmundo como el novelista Zola, ¿pero qué culpa tienen los hombres de ser como los ha formado la naturaleza y las costumbres? El mismo don Vejiga se considera descendiente del mono, y algun partidario de la doctrina de las encarnaciones, creeria que don Angel era un demonio encarnado, me equívoco, que en don Angel se habia encarnado el alma ó el espíritu de un cerdo, si es que los cerdos tienen alma ó espíritu, lo que se me antoja tan imposible como que don Floro sea un ente racional, por más que se le asemeje en la forma.

En Paturot no se perciben más que concupiscencias de la carne y sed y hambre de riquezas y una ambicion desenfadada de mando. En él, *l'homme sent la bête*. Y si vd. no me comprende, hágase traducir la frase por algun francés.

Su affmo. hijo.

*Timoteo Símpelos*

### El cuco

(Diálogo entre una chiquilla y su madre.)

—Duérmete, chiquilla.

—Ay! mamá no puedo...

—Pues qué tienes?— Miedo, Madre de mi amor!

—Y de qué? Contesta...

Niña, no respondes,

Y la faz escondes

Bajo el cobertor?

—Ay! mamá, yo tiemblo

Como una azogada,

Y eso que abrazada

Me sostienes tú.

—Pero, niña, dime

Qué temor abrigas,

Quiero que me digas

Qué te asusta—¡El bú!

—Duérmete, chicuela

Que esas son patrañas.

—Ay! mamá, te engañas,

Y de pé á pá.

—Hija, te repito

Que eso es pura bola.

—Si me dejas sola,

Moriré, mamá.

—¿Y quién es el oso

Que te causa espanto,

Quién es el que en llanto

Te hace prorumpir?

—Es un cuco horrible...!

Y habla más bajito,

Porque el bú maldito

Puédenos oír.

—Calla, inocentona,

Que no hay bú ni nada;

Duerme sosegada.

—Yo dormir? ¡Qué horror!

Y si el cuco viene?

—Lo del cuco es grilla,

Duérmete chiquilla,  
Sin ningún temor.

—Ay! si tú supieras  
Lo que se murmura!  
Me infundió pavora  
Lo que ayer oí.

—Y qué oíste, niña?  
—Que se viene el cuco,  
Con un gran trabuco,  
Y un puñal así.

—  
¡Si supieras, madre,  
Que es el cuco un hombre,  
Cuyo solo nombre  
Pesadumbres da!  
Y tan fiero y malo  
Como fué Callejas;  
—Esas son consejas.  
—No lo son, mamá.

—  
Dicen que se viene  
Sin remedio alguno,  
Y que más de un tuno  
Se vendrá con él.  
Dicen que es temible  
Como can rabioso,  
Y que á nadie el oso  
Le dará cuartel.

—  
Que se almuerza niños  
Y se come ancianos,  
Que los ciudadanos  
Le odian con razón.  
Y otras muchas cosas  
Dicen del fantasma,  
Que el oír las pasma,  
¡Tan tremendas son!

—  
—Duerme sin temores.  
—Ay! mamá no puedo;  
Tengo tanto miedo  
De ese bú feroz!  
—Esas son mentiras.  
—No, que viene el cuco,  
Con un gran trabuco,  
Y un puñal atroz.

—  
Dicen que al gobierno  
Le ha metido un *trote*.....  
Que anda con *cerote*  
Más de un militar.  
Que los hacendados  
Temen su venida,  
Y que honor y vida  
Quiérenos quitar.

Dicen que acostumbra  
*Fumarse* á la gente,  
Y que de repente,  
Para su placer,  
Hace á viejos, mozos,  
Jefes militares,  
Y particulares  
Desaparecer.

—  
Dicen que es un cuco  
Que se mezcla en todo,  
Y que mano y codo,  
Casi á la mitad,  
O no sé hasta dónde,  
Metió cierto día,  
En la Lotería  
De la Caridad.

—  
Dicen que á un sargento  
Quemó los bigotes,  
Que á un soldado, á azotes  
Le despedazó.  
Y que con la daga  
De sus mercenarios,  
Ay! mamita, á varios  
Se los despachó.

—  
Dicen que sediento  
De venganza viene,  
Contra cierto nene  
Que le ha sido infiel.  
Y que si lo caza  
Se lo come vivo,  
Porque es vengativo  
Y además cruel.

—  
Dicen que alarmados  
Están los mandones,....  
—Esas son versiones  
De gente informal.  
—Que toditos tratan  
De animarse á gritos,  
Y más que toditos  
El doctor Vidal.

—  
—Duérmete, mi niña,  
Que no hay bú ni nada,  
Duérmete arrullada  
Por mi amante voz.  
—Pero y si de pronto  
Se aparece el cuco,  
Con el gran trabuco  
Y el puñal atroz?

—  
—Los sostenedores  
Del actual infierno,

Del actual gobierno,  
Quisete decir.  
En dos ó tres días  
Correrán al oso,  
Si ese cuco odioso  
Llegára á venir.

Duérmete, mi niña,  
—Ay! mamá, no puedo,  
¡Tengo tanto miedo  
De ese bú fatal!  
—Niña, cobra fuerzas,  
Niña, sé valiente,  
Como el Presidente  
Constitucional!

## COSAS DE NEGRO

- Pobre doctor don José Pedro!  
—Qué derrota!  
—Ya es la tercera vez que el hombre se va al agua.  
—Es que ahora no se ha ido voluntariamente, sino que le han echado, y bien al fondo.  
—No volverá á subir á la superficie? ¡Como es un buen nadador!  
—Lo difícilto.  
—¡Quién hubiera creído que en el Ateneo, en otros días teatro de sus glorias, casi casi le silba la *muchachada*?  
—Así son los ídolos de barro. ¡Qué descansen en paz el tribuno de las multitudes!  
—Por Dios que le compadezco.  
—Pues yo no, que así como á cada puerco le llega su San Martín, es bueno que á cada *puritano* le llegue su día.  
—Tal vez se consolará de su derrota haciendo carreras con el coronel Santos.  
—O riñas de jacas con el comandante Aguirre.  
—Que la tierra le sea leve!  
—Vencido por los muchachos! Y en el Ateneo, que en otras épocas manejaba á su antojo!  
—Infeliz tribuno, bien podría exclamar:  
¡Aprended, flores, de mi,  
Lo que va de ayer á hoy,  
Ayer un ídolo fui,  
Y hoy en pedazos estoy!

En *El Clamor Público* de Minas, encontramos la noticia siguiente:

«Hace ya tiempo que un vecino de la 7.<sup>a</sup> sección, escandalizado del cambio que en aquella zona habíase efectuado, nos decía por medio de una carta:—Estraño mucho que el señor «Fer-

andez nos haya favorecido con un comisario que aun tiene las manos teñidas con la sangre del negociante Francisco Amado, de nacionalidad italiano.»

«Trabajo nos costó dar crédito á tan descomunal denuncia; mas hoy, no tan solo estamos convencidos de su veracidad, sino que hemos llegado á descubrir, que el tal asesino, hoy comisario, cobijado bajo la ancha capa de la autocracia, burló las pesquisas del Cónsul Italiano.»

Y el ministro de Relaciones Exteriores ofrece garantías á cada instante! ¿Con funcionarios como el que *aun tiene las manos teñidas con la sangre de Francisco Amado*, piensa darnos garantías el señor Requena? ¡Por pudor!...

**Solucion del problema publicado en el número 33**

34	35	5	6	7	24	111
18	29	10	9	26	19	111
12	20	15	16	23	25	111
33	14	21	22	17	4	111
1	11	28	27	8	36	111
13	2	32	31	30	3	111
111	111	111	111	111	111	111

CUADRO INTERIOR

29	10	9	26	74
20	15	16	23	74
14	21	22	17	74
11	28	27	8	74
74	74	74	74	74

El problema ha sido resuelto por el señor don A. Carreras Doria.